

Jesús es ungido en Betania - Juan 12:1-3

(Jn 12:1-3) “Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume.”

Introducción

El capítulo 12 está relacionado con el anterior por las referencias a la resurrección de Lázaro y los efectos que ésta tuvo entre los simpatizantes y los enemigos de Jesús. Con esto se cierra el ministerio público de Jesús y se llega a la conclusión de su conflicto con los judíos incrédulos. A partir del siguiente capítulo, el Señor llevará a cabo un ministerio totalmente privado con sus discípulos, e inmediatamente después de esto, la cruz.

De nuevo en Betania

Mientras los líderes religiosos de Jerusalén preparaban su complot para matar a Jesús (**Jn 11:53-57**), en Betania había tres hermanos, Lázaro, Marta y María, que le preparaban una cena con el fin de honrarle por el milagro con el que los había bendecido tanto. Sin duda, el Señor encontraba allí un ambiente de amor y simpatía que llenaba su corazón de alegría.

En este momento ya sólo quedaban seis días para la pascua, cuando el Señor sería sacrificado como el cordero pascual, y por supuesto, este hecho estaba muy presente en su mente y corazón. Y no sería de extrañar que también en la familia de Lázaro percibieran que pronto se iba a producir algún tipo de desenlace. Ellos sabían que había un complot en marcha para prender a Jesús y que por esa razón se había apartado de aquel lugar por algún tiempo, pero ahora, con su regreso, sus amigos de Betania seguramente volvieron a temer que Jesús pudiera ser arrestado, y a su manera, cada uno de los tres hermanos se preparaban para lo que vislumbraban en el horizonte cercano.

También los discípulos advertían el peligro que implicaba regresar nuevamente a aquel lugar (**Jn 11:7-8**). Pero parece que en esta ocasión les animaba el pensamiento de que cuando el Señor llegara a Jerusalén manifestaría su poder divino y se sentaría a reinar, y ellos juntamente con él. Evidentemente no querían escuchar lo que el Señor les había declarado con tanta claridad a lo largo del camino; que él iba a Jerusalén para ser crucificado y resucitar al tercer día.

La cena en Betania

Recordamos que al terminar el capítulo anterior, *“los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese donde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen”* (**Jn 11:57**). Pero como era lógico, sus amigos no tenían ninguna intención de denunciarlo, sino que *“hicieron una cena”* en su honor. En esas circunstancias, tal grado de identificación con el Señor tendría graves consecuencias también para ellos.

Pero volviendo a la cena, es curioso ver cómo en estos pocos versículos están representados distintos aspectos del culto: la presencia del Señor, los creyentes resucitados con Cristo, la comunión, el testimonio, el servicio y la adoración.

- En primer lugar notamos la presencia del Señor presidiendo aquella cena. Al fin y al cabo, la habían organizado en su honor y para tener comunión con él.
- Vemos también a Lázaro, uno que había estado muerto pero al que el Señor había resucitado. Él era un testimonio vivo del poder del Señor y representa a aquellos que estando muertos en sus pecados han sido resucitados juntamente con Cristo (**Ef 2:4-6**).
- Marta servía, expresando de ese modo su amor y gratitud para con el Señor. No olvidemos que somos salvos para servir al Señor y a los hermanos.
- María, por su parte, tenía su propia forma de manifestar su amor y devoción al Maestro; ella lo iba a hacer entregando aquello que tenía de más valor a los pies del Señor. En esto consiste la adoración, en entregarle lo que somos y tenemos para honrar su santo Nombre.

María: Un acto de adoración puro

Después de haber mencionado a los tres hermanos y la labor que cada uno de ellos llevaba a cabo en aquella cena, el evangelista se detiene a considerar la devoción de María hacia el Señor: *“Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume”* (**Jn 12:3**). Veamos algunos aspectos de este ejemplar acto de adoración.

I. Lo que ofreció

El texto nos dice que *“tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio”*. El nardo era una planta originaria de la India, cuyo aceite se usaba como perfume o ungüento. Una libra equivalía a unos 327 gramos, una cantidad enorme que hubiera servido para muchos años, ya que el nardo puro era altamente concentrado. En cuanto a su precio, Judas hizo una estimación rápida y calculó que podría valer unos trescientos denarios, el sueldo de un jornalero durante casi un año de trabajo (**Mt 20:2**).

Seguramente este perfume era la posesión más valiosa que María tenía, no sólo por su coste económico, sino también por la importancia que para cualquier mujer tendría un perfume como ese. Y fue eso precisamente lo que puso a los pies del Señor. Ella quería darle al Maestro lo mejor que tenía. No le entregó algo que no apreciara, lo que le sobraba, o algo que no valía para nada. Ella no hizo como los israelitas del tiempo de Malaquías, que llevaban al Señor el animal ciego, el cojo o el enfermo (**Mal 1:8**). Ella buscó aquello que tenía de más valor para entregárselo al Señor.

Otra cosa que notamos es que ella podría haber derramado sólo algo del costoso perfume, pero lo entregó todo. No creía que nada de lo que ella era o tenía podría ser lo suficientemente grande y bueno para una persona tan maravillosa como el Señor Jesucristo. Su entrega fue total y absoluta, sin reservas. No actuaba como aquellos que se contentan con dar una pequeña porción de lo que tienen, para de ese modo sentirse tranquilos porque ya han cumplido su deber con el Señor.

Otro detalle interesante es que el amor y la generosidad con la que María derramó aquel costoso perfume hizo que se llenara la casa de un grato olor. Usando el lenguaje del Antiguo Testamento diríamos que lo que María ofreció fue una *“ofrenda de olor grato”* para

el Señor. Esto nos lleva a pensar en los holocaustos u ofrendas del todo quemadas. En esos sacrificios el israelita piadoso entregaba un animal para el Señor sin que quedara ninguna parte para el sacerdote o para la persona que lo ofrecía; todo era para el Señor y era una forma de mostrar devoción y adoración al Señor. Y eso es exactamente lo que hizo María, de tal manera que su ofrenda fue en todos los sentidos de olor grato para el Señor.

En todo esto María es un ejemplo para nosotros. También nosotros debemos pensar qué es aquello que tenemos de más valor y debemos presentárselo al Señor. En una ocasión, al terminar una reunión misionera, un predicador propuso a los creyentes allí reunidos que entregasen al Señor algo que ellos apreciaran mucho. Muchos dieron joyas, adornos y artículos costosos que fueron usados para la extensión de la causa del Maestro. Pero algunos días después el predicador recibió la carta de una viuda en la que le explicaba que desde hacía mucho tiempo se había negado a consentir que su hija se hiciera misionera porque no quería separarse de ella, pero por amor a Cristo había decidido no oponerse más, y que daría a su hija como su más valiosa ofrenda.

En todo caso, lo que Dios desea de todos nosotros en este momento es nuestra absoluta entrega a él tal como nos exhorta el apóstol Pablo:

(Ro 12:1) “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.”

Y, por supuesto, siguiendo el ejemplo supremo de Cristo:

(Ef 5:1-2) “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.”

2. Su propósito al ofrecerlo

Tanto María como los demás miembros de su familia estaban profundamente agradecidos por lo que el Señor había hecho con Lázaro al devolvérselo de entre los muertos. Ahora ella quería responder al amor del Señor, y se daba cuenta de que la única forma posible de hacerlo era amándolo. Cuando María entregó ese costoso perfume estaba queriendo expresar su amor por el Señor. Y por esa razón lo entregó de forma abundante y generosa, porque el amor no se fija en el costo.

Pero no sólo eso, también quería mostrar el valor que para ella tenía la persona de Jesús. Sabía que no había nada demasiado valioso que le pudiera entregar. Él era digno de recibir todo cuanto ella era y tenía. Así que le entregó aquel valioso perfume para expresarle su adoración y admiración. Y en esto también, su devoción se expresó sin límites.

Quien no haya sido salvado por Cristo y haya llegado a conocer su grandeza de una forma personal, difícilmente podrá entender lo que María hizo y tampoco podrá ofrecerle su amor y adoración como ella lo hizo. Para adorar al Señor de ese modo, previamente es necesario haber nacido de nuevo.

3. La forma en que lo entregó

El texto nos dice que *“ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos”*. Era normal lavar y ungir con algún unguento los pies de los invitados, dado que en aquella zona el calor era intenso y las sandalias que usaban dejaban expuesta al sol la piel de los pies que se reseca. Tampoco había nada extraño en el hecho de que fuera una mujer quien lo hiciera. Pablo enumera el lavar los pies de los santos entre las buenas obras de una

viuda cristiana (**1 Ti 5:10**). Pero lo que no era normal es que se ungieran con un perfume tan costoso y que luego los enjugara con sus cabellos.

Tal vez podríamos pensar que un perfume así habría sido más apropiado usarlo para ungir la cabeza del Señor en lugar de sus pies. Pero en ese momento María sentía tal respeto por el Señor que sólo se atrevía a estar a sus pies. De hecho, siempre que María aparece en los evangelios la encontramos a los pies del Señor: había estado escuchando la Palabra a sus pies en los días de tranquilidad (**Lc 10:39**), había buscado consuelo a sus pies en los días de tristeza y dolor (**Jn 11:32**), y ahora vuelve a estar a sus pies para demostrarle su gratitud y adoración.

Imaginamos que para poder ungir los pies del Señor con sus cabellos tuvo que haber estado prácticamente postrada sobre su rostro. Todos estos detalles nos indican la humildad con la que María hizo su ofrenda al Señor.

4. Sin importarle lo que dijeran los demás y soportando las críticas

Cuando María ungió al Señor de la forma en que lo hizo, debió olvidarse por completo de todas las demás personas que estaban allí. No consideró las posibles reacciones de los demás. Por eso, no le importó desatar su cabello, algo fuera de lo común, para ungir los pies del Señor. Tal vez algunos pensaron que era una actitud inapropiada, extravagante y exagerada, pero muchas veces el amor por el Señor puede llevarnos a hacer lo que al mundo le parece que son locuras o excentricidades.

Y efectivamente, las críticas le llegaron. Como más adelante veremos, fue Judas, uno de los apóstoles, quien puso objeciones a lo que María estaba haciendo. Le parecía que se podría haber dado un mejor uso a ese costoso perfume. Nos podemos imaginar cómo el espíritu generoso de María tuvo que ser aplastado por este hombre insensible.

Y así será siempre con nosotros también. Debemos esperar que los demás critiquen aquello que hagamos para el Señor. Sobre todo, les parecerá una locura si entregamos lo mejor de nuestras vidas para su servicio. No podemos esperar que el mundo nos alabe y elogie por eso, y si lo hace, deberíamos preocuparnos seriamente por ello. En cambio, si nos ven derrochar el dinero y gastar la vida en aficiones o vicios, les parecerá normal.

5. Con inteligencia

Parece que en este momento María tenía una percepción mucho más profunda e íntima de lo que Cristo representaba y de la verdadera dignidad de su persona que cualquiera de sus discípulos. La resurrección de su hermano le había revelado una gloria que ella ignoraba hasta entonces. Su corazón, rebosante de amor, gratitud y admiración, le llevó con toda humildad a sus pies, consciente de la grandeza y de la divinidad del Hijo de Dios.

Además, presentía que había llegado la última ocasión para testimoniarle su aprecio. A diferencia del resto de los discípulos, ella comprendió la proximidad de la muerte del Señor, algo que el resto no quiso aceptar a pesar de la claridad con la que el Señor se lo había explicado en varias ocasiones.

Preguntas

1. ¿Cuáles fueron las razones por las que María ungió los pies de Jesús con un perfume tan costoso?
2. ¿Cuáles son las características de la entrega que María hizo que más le llaman la atención? ¿Qué es lo que más le costaría imitar?

3. Lea todo el profeta Malaquías y enumere algunas diferencias entre la actitud del pueblo de Israel al presentar sus ofrendas a Dios y la de María al entregar su perfume a los pies del Señor. Indique las citas exactas.
4. Indique en qué se parece lo que hizo María con el sacrificio de holocausto que encontramos en Levítico 1.
5. En este estudio hemos considerado que cuando queremos presentar una ofrenda al Señor, esto siempre tendrá un coste para nosotros. Busque otro ejemplo en el Antiguo Testamento donde se aplica este mismo principio y explique las circunstancias y detalles.